

# El Diez<sup>1</sup>

Raúl Sintés

Un amigo lo convenció de que le convenía consultarme por sus conductas inusuales y quizás también por sus ojos asombrados y sus pocas palabras. Me contó en la primera entrevista que muchos de sus conocidos creían “que le faltaba un jugador” y por eso lo apodaban “El Diez”. Los motes son bromas que, muchas veces, pesan tanto como un diagnóstico.

Vino puntualmente a todas las sesiones y su única transgresión consistió en sentarse siempre en mi sillón, pero como yo no soy psicoanalista no me preocupé, ni siquiera se lo señalé. Me caía bien, aunque tenía esa especie de ingenuidad salvaje que muchas personas consideran muy agresiva. Creo que, simplemente, conseguía fácilmente y sin proponérselo, enfrentarnos con nuestras propias contradicciones. Pagó un precio demasiado alto por eso.

La segunda o tercera vez que nos vimos me anunció, como al pasar, que iba a deshacerse de su automóvil, aunque funcionaba bien y era bastante nuevo. Cuando le pregunté por qué, me dijo: “es una estupidez pagar por tener dolores de cabeza.” Después de varias sesiones me contó que las chapas del auto habían servido para construir una casilla en un terreno abandonado, para un amigo que andaba en la mala. Las piezas del motor se las regaló a un escultor porque hay que darle una mano al arte.

Su segunda decisión me preocupó más, porque no me parecía razonable que renunciara a su trabajo. Pero diluyó mis argumentos con silencio. A los pocos días ocupó una casa abandonada y la reparó él mismo, gastando su último sueldo. Después anuló el contrato de alquiler de su apartamento y consiguió, en una larga y discutida noche, que su novia se fuera a vivir con él.

Comían las frutas y verduras que, aún en buen estado, se desechan en el mercado para evitar que bajen de precio o porque no se venden en las ferias vecinales. Además pescaba, criaba gallinas y se vestía con la ropa que la gente abandona. Cuando quería darse algún gusto, comprarse un libro o invitar con un vino a alguien, recurría a sus extraordinarias habilidades. Conseguía entonces la cantidad exacta de dinero que necesitaba, ni un peso más, ni un peso menos, cantando en los ómnibus, pintándole la casa a algún vecino o reparando la más variada gama de aparatos domésticos.

Los primeros días de diciembre me informó que durante el verano no vendría a terapia porque se iba a tomar tres meses de vacaciones en las costas del este. Yo ya sabía que hablaba siempre en serio. Entonces sentí una desagradable molestia en el estómago, demasiado parecida a la envidia. Cuando le pregunté cómo haría para vivir, sólo me respondió: “es fácil hacer amigos en la playa” y no se molestó en explicarme nada más.

Volvió en marzo, bronceado. Me contó, brevemente, que había pasado largas horas acostado en la arena mirando el mar y que, cuando se aburría, encontraba la forma de integrarse a algún grupo de turistas que se divertían con sus locuras, lo invitaban a comer y le daban unos dólares. Otras veces tocaba la guitarra y cantaba en algún boliche a cambio de la cena y un colchón en el sótano.

---

<sup>1</sup> Este cuento, basado en una experiencia clínica real, está incluido en el libro: “Psicodrama. La terapia de los Dioses caídos” Dr. Raúl Sintés y Lic. Fernando Dotta (Edit. Psicolibros, Montev, Uruguay; 2002).

Ese día, después que se fue, me quedé pensando en mi trabajo, mi dinero y mis veraneos. Hay comparaciones que es mejor no hacerlas.

Llegó el invierno y una mañana gélida su mujer le dijo, temblando, que estaba harta de la vida que llevaban. Él se quedó perplejo y angustiado hasta que se convenció que estaba enojada (y fría), porque la ventana del dormitorio no tenía vidrios. Pero como no estaba dispuesto a dormir en una habitación cerrada respirando toda la noche el mismo aire viciado, buscó una solución. Se puso a construir un sistema de calefacción a combustión, con el tanque de un calefactor viejo que encontró tirado en la calle y los caños del desagüe de una casa que estaban demoliendo en el barrio. Pero la mujer lo abandonó pese a que la flamante calefacción funcionaba perfectamente.

Sufrió mucho por la separación, no entendía las reacciones de la gente. ¿No se quejan del consumismo, del capitalismo, de la calidad de vida? ¿Entonces por qué no viven de otra manera?

Durante el duelo tomó dos decisiones radicales: se deshizo de todos sus documentos, para desaparecer legalmente y así evitar que el Estado encontrara la forma de cobrarle algún impuesto, y consiguió un perro callejero que quiso acompañarlo.

Yo oscilaba entre la admiración y la perplejidad. No creí que fuera capaz de llevar las cosas hasta el extremo que las llevó. A poco de quedarse solo ya se alumbraba con lámparas de aceite, sacaba el agua de una cañería pública, mantenía caliente la casa y cocinaba, quemando en su "salamandra" diarios viejos y cartones que recogía en la calle. Obviamente, no miraba televisión ni iba jamás al cine, pero leía, paseaba, dormía cuando se le antojaba y comía alimentos naturales y frescos. Lucía descansado, prolijo y atlético.

Un día dejó de venir. Pude encontrar el número de teléfono del comercio de su padre y llamé. El viejo me contestó de malos modos; tuve que insistir para que me contara con voz seca que, evidentemente, mi tratamiento no le había servido de nada a su hijo y, por lo tanto, lo había llevado a la consulta de otro psiquiatra -"muy famoso"- que lo había internado y le estaba dando medicación.

Esa misma tarde fui a visitarlo al hospital. Tenía los ojos apagados y la mirada perdida, balbuceaba palabras ininteligibles y se movía como un robot. Conseguí que me atendiera el director de la institución y reivindicé con vehemencia el derecho de mi paciente a atenderse en forma ambulatoria con el profesional que él eligiera. Pero para ellos era un esquizofrénico que no estaba en condiciones de tomar ninguna decisión. Cuando la discusión subió de tono llegó a decirme que la familia del paciente podía, incluso, enjuiciarme por mala praxis.

No se me permitió volver a verlo y nunca más tuve noticias suyas. A su alrededor levantaron un interminable muro que hizo fracasar todos mis intentos de acercarme.

Terminé rindiéndome y sintiendo que algo, que no sé cómo se llama, se había muerto adentro de mí. A menudo me parece verlo, dándome la espalda, sentado en mi sillón, mirando por la ventana. Y todos los veranos el rumor de sus palabras vuelve para arañarme las tripas. Ojalá él pueda estar descansando a orillas del mar mientras yo sigo matándome.